

Brida volviendo á su gente,
El campo en torno resuena,
Con largo aplauso que llena
Cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el rey; y los vientos
Rasgando los atabales,
Fueron ocupando atentos
La multitud sus asientos,
Y los reyes sus siales.

Puestos los embajadores
A un lado y á otro los jueces,
Al són de los atabores
A los nuevos lidiadores
Requirieron por tres veces.

Lanzáronse hácia la liza
Hasta cuarenta ginetes,
Y en su línea movediza
El aura estremece y riza,
Crestones y martinetes.

Tascan espumoso el freno
Impacientes los bridones,
Henchir queriendo su seno
Con los belicosos sonos
De que el aire tragan lleno.

Entonces desde una tienda
De los que el campo mantienen,
Al lugar de la contienda
Un caballo por la rienda
Dos pages bajando vienen.

Por si quisiera lidiar
Al rey le ofrecen corteses;
Advirtiéndole á la par,
Que mejor no le ha de hallar
Ni con mejores arneses.

Partieron los lidiadores
El sol de la liza igual,
Y al són de los atabores
Retados y retadores
Aguardaron la señal.

II.

Con la visera calada
Y los lanzones en ristre,
Los broqueles ante el pecho,
Sobre los estribos firmes,
Cerráronse á toda brida
Los lidiadores insignes
Los unos contra los otros
A la voz de los clarines.
Todo fué polvo un instante,
No se oye ni se distingue
Mas que el són que los aceros
En fiero compás despiden.
En honda y ansiosa duda,
En angustia indefinible,
Almas con ojos esperan
A que el polvo se disipe.
Es en vano que las damas
Al turbio palenque miren;
Todo entre el espeso polvo
Está en el campo invisible.
En vano sobre su escaño
Se levanta don Enrique;

El polvo oculta á sus ojos
Los que vencen ó se rinden
Se oye que abajo en la liza
La recia contienda sigue,
Porque los gritos no cesan,
Y los golpes se perciben.
Unos gritan "Flandes. Nadie."
"Al rey, al rey," otros dicen;
Y las lanzadas se doblan
Y los tajos se repiten.
Ayes, lamentos, insultos,
Maldiciones, lelijías,
Relinchos y cuchilladas
Todo á un tiempo se concibe;
Todo en tumulto espantable,
Todo en confusion horrible.
Todos los gritos se mezclan,
Y á gran pena se distinguen
Los de: "¡Cierra!—¡Hiere!—¡A ellos!
—¡Alá!—¡Flandes!—¡Don Enrique!"
Creyéndose al mismo tiempo
Por los cierra y los lelijías,
Que flamencos y cristianos
Contra sarracenos riñen.

Rodó al fin el polvo denso
Con las ráfagas sutiles,
Descubriendo la vergüenza
De los que la arena miden.
Pocos pudieron bizarros
Al encuentro resistirse;
Su mismo impulso fué causa
Del azar que les aflige.
Quedaron de entrambas partes
Tan solo trece que lidien,
Son los seis mantenedores
Los otros siete del príncipe.
De ellos hasta tres son moros
Que á los del rey bien asisten,
Con los alfanges sangrientos
Y los palafrenes libres.
Donde una espada se rompe,
Donde un yelmo se divide,
Do quier que un palmo se pierda,
O un caballo se reprime,
Allí la lanza de un moro,
Allí un alfange invisible
Hiere, acosa, rompe, vence,
Antes que se le adivine.
Algunos de entrambos bandos
Que levantarse consiguen,
Con los pomos y los puños
En el combate persisten.
Dan, cian, avanzan, vuelven,
Y ligeros como tigres,
Soltando el inútil hierro
Con los brazos se reciben.
Se abrazan y se sacuden,
Y se cruzan y se oprimen,
Y al fin de afanosa lucha,
Sin vencer y sin rendirse,
Ruedan abrazados ambos
Y cuartel ninguno pide.
Perdidos entre el tumulto

Tal vez aun se distinguen
Sus desesperados esfuerzos,
Sus convulsiones horribles.
Hasta que el tropel sangriento
De los ginetes que viven,
Los envuelve enteramente,
Los espera ó los persigue.
Tocó el sol en occidente;
Y á la voz de don Enrique
Pages entran en la liza,
Que los heridos retiren.
Despejado un poco el campo,
La liza de estorbos libre,
Quedaron lidiando siete
Sobre los estribos firmes.
Don Beltran con el de Flandes
Y un flamenco que le sigue,
Con un hacha á cuyos filos
Mal los broqueles resisten.
Lidian por el rey valientes,
Los ventajados en lides
El marques de Santillana
Que negra armadura viste,
Don Juan Pacheco, que el mando
Leva á medias con el príncipe,
Y el buen conde de Treviño
Del solar de los Manriques.
Con ellos guerrea un moro,
De cuya opulenta estirpe
Dan testimonio y no escaso
El negro corcel que rige,
El corvo alfange que empuña
Y el arnes con que se ciñe.
Mas todo está deslucido
Sin que oro ni acero brillen,
Que todo en polvo y en sangre
A puro lidiar se tiñe.
Don Beltran, rota una brida,
Con esfuerzos increíbles,
Contra el moro y Santillana
Ve su salvacion difícil.
Las damas le victorean
Mostrando bien cuanto es triste
Que caballero tan bravo
Con tal desventaja lidie.
Los jueces están inquietos,
E indeciso don Enrique,
Duda si el baston de mando
A tiempo en la arena tire.
Mas antes que esto suceda
Se oyó pujante y terrible
El grito con que el flamenco
"¡Flandes y nadie!" repite.
Y revolviendo el caballo,
Con impetu se dirige
Hácia el noble Santillana,
Que el campo á su empuje mide.
Entonces al de Treviño
Volviendo—"¡Aquí Flandes!"—dice;
Y alzándose en los estribos
De entrambas manos se sirve.
Cayó del caballo el conde;
Y volviendo el que le rinde

Al soldado que le ayuda,
Le manda que se retire.
Quedaron pues dos á dos,
Cuatro valientes que piden
Una corona los cuatro,
Para los cuatro difícil.
Y bien merecen que en ellos
Su honor sus partidos cifren,
Porque no hay mejores brazos
Para que le depositen.
Pacheco y Beltran cayeron;
Pacheco asido á las crines,
Debajo está del caballo
Incapaz de desasirse.
Vino don Beltran sobre él;
Mas los jueces que presiden
Dan por vencido á Pacheco
Y escuderos le permiten.
Mientras, agotando esfuerzos
Que parecen imposibles,
El árabe y el de Flandes
La lucha tenaces siguen,
Grita el flamenco—"¡Aquí Flandes."
Y el árabe á cada quite
Entra y sale huyendo y dando
Siempre en duda y siempre libre.
En vano el flamenco acude
A cuanta fuerza le asiste;
El moro hace que el caballo
Pase, cruce, salte y gire.
Mas cansada su fortuna
A tiempo que ambos se embisten,
Al dar una huida el moro
Hace que el caballo pise
Tan en vago, que aunque diestro
Le levanta y le reprime,
Dobló las manos en tierra
Tocándola con las crines.
Esto que viera el flamenco,
Con empuje irresistible
Para adelante se viene
Sin que el moro alcance á herirle
Cayó el de Flandes encima,
Y aunque el caballo le oprime,
Así con tal fuerza al moro
Que le acogota y le rinde.
Tiró su baston el rey;
Y al són de los añafles
Mandó que por los del campo
La victoria se publique.

III.

Mientras á los piés del rey
Be hinojos Beltran se pone,
Y el rey le tiende la mano
Porque con ella se honra,
A las puertas de liza
La multitud agolpóse,
Para ver la cabalgada
Cuando á palacio se torne.
Bajaron de sus andamios
El rey, la reina y la corte,

Damas, caballeros, pages,
Obispos y embajadores.
De manos de los donceles,
Recibiendo los bridones,
Conducir de allí á las damas
Como enantes se proponen.
Asidos brida y estribo
Porque mas fáciles monten,
Por las hermosas esperan
Los caballeros mejores.
Púsose el primero el rey,
Y ya cortes se dispone
A dar la mano á la reina,
Cuando con audacia un hombre
Cejar haciendo al caballo,
Sin respeto se la coje.
"¿Quién se atreve!..." dijo el rey;

Y en el rostro los colores
Tornando el gesto alterado,
Delante su vista hallóse
La brida asiendo al flamenco,
Que así osado le responde:
"Si pasais sin combatir
"Será sin guante ni estoque,
"Que he lidiado en el palenque
"Bajo de estas condiciones."

El rey Enrique, indeciso,
De arriba abajo miróle,
Dudando si por quien sea
Se lo tolere ó se enoje;
Pero por mas que á sus solas
Su pensamiento recorre,
Como él su resto recata,
No sabe si le conoce.
Al fin fingiendo respetos
Por sus derechos, cedióle,
Ya su razon otorgando,
Ya por secretas razones.—
Tendióle la mano y dijo:
—¡Llor á los vencedores!
Tomad lo que habeis ganado,
Que en efecto anduve torpe.
¿Quién sois?
—Nadie: esa es mi empresa.
—¿Es vuestra cifra?
—Es mi nombre.
—Sois valiente, y no os atañe
Por vida mia ese mote.
—Ya dije que es nombre propio,
Y no le merezco noble.
—¿Cómo pues?
—Porque he vendido
Mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el rey,
Y tras cortas reflexiones,
Con sonrisa ambigua dijo:
"Id adelante," y siguióle.

RECUERDOS.

Es una noche tranquila,
De esas azules serenas,
En que de la luna apenas
La pálida luz vacila.

Algunas nubes errantes
Por medio el espacio flotan,
Que así de la luna embotan
Los resplandores brillantes.

La brisa fresca que vaga
Los árboles estremece,
Y segun se estingue ó crece,
Crece el murmullo ó se apaga.

Noche espléndida y serena
Que al hombre á pensar convida,
Y en que resbala la vida
De gozo y pesar ajena.

En que aborto el pensamiento
En vaga meditacion,
Halla una blanca ilusion
En cada arruga del viento.

Nada ve el ojo aunque mira,
Oye el oido y no escucha,
Y consigo en débil lucha,
Triste el corazon suspira.

Una noche clara y pura
En que, contemplando el cielo,
Crece en el alma el consuelo
Y hechiza hasta la amargura.

Noche en que se ve á lo lejos
Con el fulgor de la luna,
La ilusion de la laguna
En argentinos espejos.

En que se ve el bosque umbrío,
Cual un escuadron gigante,
Y cual rastro centellante
La cinta blanca de un río.

Noche en que prestan á una
Blando perfume las flores,
Música los ruiseñores
Y resplandores la luna.

De esas noches que una vez
Todos los hombres gozaron,
Y á cuya luz recordaron
Los sueños de su niñez.

De esas noches, cuya historia
Dura en el alma escondida,
Página de nuestra vida
Pegada á nuestra memoria.

Oyendo el tropel sonoro
Con que en murmullos suaves
Aduermen hojas y aves,
Y aguas, al campo del moro,

Un hombre sobre una Peña
Se alcanza en la oscuridad;
Mas no se alcanza en verdad
Si aguarda, medita ó sueña.

Se percibe allá en la oscura
Sombra negra alguna vez,
La movible brillantez
De su límpida armadura.

Se oye entre las yerbezuelas,
A cada sacudimiento,
El brusco estremecimiento
De sus ásperas espuelas.

Dolientes suspiros lanza
Del ánima dolorida,
Tal vez por la antigua vida,
O acaso por su esperanza.

En esto en una alta torre
Que al campo del moro cae,
Por do Manzanares trae
Sus corrientes cuando corre,

Vagó sobre el aura leve
Voz tan dulce y lastimera,
Que atenta el aura ligera
Por oilla no se mueve.

A aquel suavísimo son
El caballero escondido
Ansioso prestó el oido,
Hízose todo atencion.

La voz que oye límpia y blanda
En estribillo amoroso,
De un amador licencioso
Nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible,
Y tan tierna en su cantar,
Que intentarla remedar
Fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,
Ya trémula, ya segura,
Como la fuente murmura,
Como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago
Sin tema sobre que acuerde,
Como un aura que se pierde
Entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina
Una voz tan infantil,
Que no envidia en lo sutil
Tonos á la golondrina.

¿Es ilusion mentirosa
O es tremenda realidad,
Ese sueño de otra edad
Mas bella y mas dolorosa?

¿Por qué estremecido miras
Esa torre solitaria,
Y al rumor de esa plegaria
Con pesadumbre suspiras?

¿Qué oyes, caballero, di,
En ese son misterioso,
Que el zéfiro vagaroso
Arrastra ufano hasta tí?

¿Ese que gime en el viento
Sonido despertador,
Es un recuerdo de amor
O un tenaz remordimiento?

¿Ah! el pensamiento perdido
Incapaz de decidir,
Vacila entre el porvenir
Y las sombras del olvido.

Y aunque aquella voz se exima
De mas cercana inspeccion,

Bien sabe su corazon
Que aquella voz le lastima.
¿Quién vivirá en esa torre
Que canta tan dulcemente,
Mientras suena mansamente
El Manzanares que corre?

Porque aunque á veces en ella
Oyó que en trova confusa,
La voz de quien canta acusa
Los rigores de su estrella;

Aunque á veces triste canta
Lastimado son de duelo,
Cual queriendo dar consuele
Al corazon la garganta,

Oyó tambien que suspira
Tan amantes cantilenas,
Que si canta entre cadenas
No canta, sino delira.

Cesó la voz de repente,
Y sobre el césped mullido
Oyóse un pié contenido
Que va cautelosamente.

Cada vez mas cerca está...
Púsose en pié el caballero,
Y requiriendo el acero
Preguntó firme: ¿Quién vá?

A sus rayos argentinos
La luna dejóle ver
Un page que echó á correr
Dando vuelta á unos espinos.

—¿Sois vos (le dijo llegando)
Nadie en Flandes, mucho aquí!
—Mucho te han dicho de mí
—Pues á vos vengo buscando,
Seguidme.

—¿A dónde? —¿Temeis?
Dijeron que erais valiente.
—Mas fiarse no es prudente
Del primero...

—Bien haceis.
Dios os guarde: á decir voy
Que os propuse una aventura,
Y desechó por mesura
Vuestra prudencia la de hoy,
—Mucho sabes, pagecillo,
Ve delante.

—Pues de mí
No os separeis, por aquí.
—¿Dónde vamos?

—Al castillo.
Y de un torreón en el centro
Postigo oculto buscando,
Entraron ambos cerrando
La portezuela por dentro.

FAVOR DE REY

En medio de un aposento
Que el rey Enrique eligió,
Para secreto teatro
De sus comedias de amor:

El y Beltran de la Cueva
A quien con prisa llamó,
Están Don Beltran en pie,
Y él tendido en su sillón.
Decora del gabinete
El magnífico interior,
Cuanto de rico y espléndido
Monarca jamás juntó.
Cuelga una lámpara de oro
Del cincelado artesón,
Forrados en terciopelo
Los muros en derredor;
El pavimento de alfombras
Esquiritas se vistió,
Y sobre el rey pende inquieto
De plumas un pabellón.
Delante tiene á una fiesta
Preparado un velador,
Cual le anheleran cubierto
La codicia y la ambición.
Copas y cubiertos de oro;
Bajilla que cinceló
Diestro artista, á quien por ella
Dieron riquezas y honor.
Y á su lado entre perfumes
En pródiga ostentación,
Doble y superior servicio
Sobre un ancho aparador.
Siguiendo el rey y el privado
Su rota conversacion,
El vasallo respondia,
Preguntándole el señor.
—¿Con que lloraba?
—Doliente
En mis brazos se arrojó
Diciendo: "Es él quien lo manda?"
—¿Y qué respondisteis vos?
—Que en ello vuestros mandatos
No admitian dilacion.
—Muy bien dicho. Y á esa orden
¿Ella qué dijo?
—Señor...
—Sin escrúpulos decid,
Beltran, que en esta ocasion
Si alguien debiera tenerlos,
Vos cabalmente no sois.
Mas os juro por mi vida
Que no me acosa el menor;
Por el bien de mis vasallos
Tengo en esto obligacion.
Conque ¿qué dijo?
—En injurias
Su lengua se desató.
—¡Hola, hola!
—Lamentando
Vuestra inconstancia en amor.
—No fué mucho, don Beltran;
Pero ya, gracias á Dios,
Tenemos algo de mundo
Y ha tiempo uso de razon.
Y ¿qué más?
—Roja de rabia
Mal caballero os llamó,

Indigno de vuestra estirpe,
Hipócrita y seductor.
—Ese ya es otro cantar,
Buen Beltran, mas tengo yo
Para mí que el injuriarme
Era pedirme perdon.
—A vuestro real pensamiento
Sin oponer la menor
Contradiccion, yo os dijera
Que me asiste otra opinion.
—Cómo? decid.

—Doña Inés
Por ultrajada se dió,
Y serenándose al punto:
"Bien, caballero; ¿sois vos
[Me dijo con voz resuelta]
Mi guarda ó mi conductor?"
—¿Y vos?

—Señora, le dije,
Otro el rey os preparó.
—¿Y ella?

—Añadió: "Pues decidles
De mi parte á ambos á dos,
Que apresuren nuestro viage,
Que estoy pronta y noble soy;
Y al rey en particular,
Que escuse toda ocasion
De sincerarse, que siento
Tal desprecio por su amor,
Que si al paso se me pone
Ni aun he de mirarle yo."
—Bravamente lo ha pensado;
No lo hiciera yo mejor.
¡Pobre muchacha! En las redes
Que la he tendido cayó.

Callaron por un instante
El privado y el señor,
En consulta cada cual
Con su propia reflexion.
En esto confusamente
Del muro en el interior,
Con misteriosa cautela
Llamada ó seña sonó.
—¿Han llamado?
—Sí por cierto.
—Ellos serán.

—Sí señor.
—Abrid y en mis conjeturas
Ayúdeme el vino y Dios.
Con un oculto resorte
Don Beltran la puerta abrió,
Y entraron por ella un page
Y el flamenco vencedor.
Tendió el flamenco la vista
Sin señal de turbacion,
Por todo cuanto le alumbran
Las luces en derredor;
Y sereno, altivo, inmóvil
En la misma posicion,
Con la visera calada
Callando se conservó.
—Venid, le dijo, dejando
El monarca su sillón.

Encubiertas las mejillas
Con un antifaz mostró.
—Engañásteis mi esperanza,
Díjole el rey.

—Ah señor!
Para encubrir mi desdicha
Es doble mi precaucion.
—¿Y quién tanta penitencia
A imponeros alcanzó?
—Mi vergüenza.

—Y ¿por qué trazas?...
—De una mujer se valió.
—Basta y brindad, caballero;
El que buscaba sois vos.
Bebieron ambos: la mano
El monarca le tendió.
—Y ahora, le dijo, escuchadme,
Si os place, con atencion.
¿Queréis llevar en secreto
Una dama de alto honor
A Portugal?

—A la misma
Constantinopla, señor,
Centellándole los ojos,
El hidalgo respondió.
—Está bien. Beltran, mis órdenes
Llevad á esa dama vos;
Que al punto partan.—Tomad.
En ese pliego que os doy
Encontrareis, caballero,
Mi voluntad superior.
En pasando la frontera
Le abrireis; y en tanto no,
Ni vos ni nadie á la dama
Mantenga conversacion.
Ved que en ello os va la vida,
Pues gentes os daré yo
Que os velen y os acompañen
Por mi reino.

—Eso, señor,
Mas es castigo que premio.
—Negocios de corte son,
En que á par necesitamos
Yo prudencia, y vos valor.
De vuestros treinta ginetes
Hasta diez irán con vos;
Los demas á la frontera
Los enviaré luego yo.
¿Comprendisteis?

—Comprendí.
—¿Prometeis?...
—Delante á Dios
Os aseguro que nunca
Mi ventura fué mayor.
—Ah, mirad, se me olvidaba:
Este pequeño cajón
Llevareis á su destino.
—Decidme su dueño.

—Vos.
Es un presente que os hago,
Que os probará, salvo error,
Que es mi memoria tan larga
Cuanto la vida en los dos.

Venid al igual conmigo,
Ilustre batallador.
Aliviaos de esos hierros,
Ocupad ese sillón,
Y tendedme vuestras manos,
Que á fé que me harán honor.
Beltran, que sirvan la cena;
Y en tan dichosa ocasion
Chipre, el Vesubio y Falerno
Nos presten gozo y valor.
—No os sentais?—El caballero
Sin moverse respondió:

—Yo soy un aventurero
Que por mis desgracias voy
Cumpliendo una penitencia
Que me han impuesto, señor.
No puedo mostrar mi rostro,
Mi nombre, ni mi blason,
Sino al hombre que me venza
En las armas superior;
Y entonces será pidiéndole
En nombre del sumo Dios,
Que me pase compasivo
Con la daga el corazón.

—Caballero, pues que todo
Me convence que lo sois,
Díjole el rey ¿no pudieran
Alzar ese voto en vos
La voluntad de los reyes,
Ni aun para haceros honor?
Porque en verdad que me afiije
Al daros por galardón
Mi amistad y mi palacio,
No saber á quien los doy.

—Por respeto á mi rey solo
Voy sin ventura, señor;
Ved si estimo vuestras dádivas
Como de quien ellas son.—
Miró al caballero el rey
Con ojo escudriñador,
Y comprimiendo los labios
A don Beltran los volvió
Diciendo:—¿Cómo ha de ser!
La voluntad es de Dios.

—Mas ya, señor caballero,
Que la suerte me privó
Del placer que me esperaba,
Pediros quiero un favor.
—Será mandato, y cumplirlo
En mí será obligacion.
—Jurad que lo cumplireis.
—Jamás he jurado yo;
Que tengo en mas mi palabra
Que el juramento mejor.
—Dispensad, que anduve torpe,
Concededme por perdon
Un brindis.

—Eso mas bien,
Con mil amores, señor.
Llenó don Beltran las copas;
Una cada cual tomó,
Y alzándose la visera
El flamenco lidiador,

Conque si os cumple, brindemos
A vuestra vuelta.

— Señor
Nadie cuenta con su suerte.
— No me la aseguro yo;
Mas si á mi España volveis,
Tal vez halleis lidiador
Que os arranque vuestro nombre,
Sin ver vuestro corazón.
A vuestra salud, hidalgo,
Y a nos ayude Dios.

El rey apuró su copa,
Y apartando el pabellón,
Por una puerta secreta
Del gabinete salió.

CONCLUSION.

Es una tarde nublada
Que espléndido el sol no alumbraba,
Velado entre las neblinas
Que el cielo cóncavo enlutan.
Recio y norte sopla el viento,
E interceptada y confusa
La vista á distancia corta
Los objetos no columbra.
Es un estrecho camino
Dó entre la arena menuda
Brotó á pedazos un césped
Que la marcha dificultó;
Y por entrambos sus lindes
Mecén sus ásperas puntas
Zarzas que guardan con ellas
Frutos que nunca maduran.
Por él á rápidos pasos,
Temiendo la noche oscura,
Las fronteras españolas
En triste silencio cruzan
Una dama en su litera
A la merced de dos mulas,
Un caballero que el rostro
Bajo el capote oculta,
Y hasta cuarenta ginetes
Que les custodian la ruta.
Apenas en Portugal
Fijaron planta segura,
Oyóse del caballero
La pujante voz robusta.
"Alto, dijo; nadie pase.
Cada cual consigo cumpla;
Los españoles á España,
Y mis gentes aquí juntas."
A este mandato obedientes,
Como cosa en que no hay duda,
Los de España saludando
Tornan á su España grupas,
Y á la espalda los flamencos
De su capitán se agrupan.
Este, entonces, con la risa
En sus labios insegura,
Esclamó: "Ya está en mis manos

"Su secreto y su fortuna.
"Enrique, si en esta dama,
"Que en verdad lo será tuya,
"A aclararme tu vergüenza
"No sirve cuanto discorra,
"Me libro de mi palabra,
"Pues mi razón me disculpa,
"Y á recibir te prepara
"Por tus injurias, injurias."
Y rasgando el sello real
Que el pergamino le oculta,
Leyó estas negras palabras
Escritas de la real pluma:

"Mi valiente aventurero,
Don Rui Pero Sandoval;
Pues según me son testigos
Las justas de don Beltrán,
Tanto os place los corceles
De nuestras damas guiar,
Ahí lleváis á doña Inés,
A quien en Dios y en verdad
Podeis á donde os contente
Desde este punto llevar.
Y porque memoria mía
No os falte desde hoy jamás,
El regalo que me hicisteis
En ese cajón lleváis.
Mas os prevengo que cauto
No entrés en Castilla mas,
Que en ella os espera una horca.
Mas alta que la de Amán."

Los ojos desencajados,
La lengua en la boca muda,
Contemplando el pergamino
Que entre las manos estruja,
Quedó el duque don Rui Pero
Sin intención que le acuda.
Volviendo al fin en su acuerdo
Víctima de interna lucha,
Con que le acosan á un tiempo
Los recuerdos y las dudas,
A la litera lanzóse,
Y asiendo las vestiduras
De la dama, á viva fuerza
Sacándola la pregunta:
— ¿Quién sois? Por Cristo bendito
Que lo diga y se descubra.

Ella de dolor transida
A tales voces se turba,
Y el duque le arranca el velo
Cogiéndole de las puntas.
Blasfemó el duque; y asiendo
Con mano audaz é iracunda
El cajón que le dió el rey,
Le estrella en la tierra dura.
Rodó por el campo estéril
Una cabeza insepulta.
Desmayóse doña Inés,
Corrió una lágrima turbia
Por los párpados del duque,
Mas amarga que cicuta:

Y en el solemne silencio
De aquella tragedia muda,
De entre un pabellón de nubes
Pálida asomó la luna.

LAS DOS ROSAS.

En un escondido valle
Hay todavía una torre
Vecina al Carrion, que corre
De chopos entre una calle.
Castillo dicen que fué
Poderoso, mas ya apenas,
A través de dos almenas,
Su ilustre origen se vé.
Tendidos sobre una altura
Véense un torreón y un muro,
Pero en montón tan oscuro
Que medrosa es su figura.
Brotó á sus pies sin respeto
Espeso zarzal salvaje,
Cuyo espinoso ramaje
Vejeta al peñón sujeto.

Ya no hay ni mohan ni senda
Que á su rastrillo conduzca,
Ni puerta en que se deduzca
Que hay dentro quien la defiende.

Allá por algunos trigos
Que crecen en derredor,
De su ruina y su dolor
Imperturbables testigos,

Hay paredes que á pedazos
Están mostrando que ayer
Pudieran bien mantener
Un pueblo sus rotos brazos;
Hoy en pajiza cabaña
Vela un pastor el misterio
De aquel corto cementerio
Que el agua del Carrion baña.

Allí una generacion
Duerme tal vez escondida...
Así de la amarga vida
Las cosas frágiles son!

Sin curar de historias viejas
Al són de toco estribillo,
El encierra en el castillo
Por la noche sus ovejas.

El agua y el tiempo pasa
Y él no pasa de pastor;
Pues no ha de ser su señor,
Poco le importa la casa.

Al preguntarle qué fué
La techumbre á que se acoge,
Hombros y labios encoge,
La mira y dice "no sé."

Los días que van pasando
La colina gstarán,
Y al cabo concluirán
El castillejo enterrando.

Entonces ya de la historia
Del edificio primero,
Ni el pastor ni el pasajero
Tendrán confusa memoria.

Apiñada en un hogar
En derredor de la lumbre,
Desvelada muchedumbre
La oirá acaso contar.

Contarála un peregrino
A quien tal vez por su cuento
Darán escaso alimento
Para seguir su camino.

Y yo que siempre miré
Como un viage nuestra vida,
Por historia entretenida
Del olvido la saqué.

Si rebelde vuestra alcoba
Mal que pese á vuestro empeño
Os ahuyenta el blando sueño,
Yo voy á entonar mi trova.

Escuchadla; y si al calor
Os dormís de vuestra almohada,
De una noche sosegada
Sois deudores al cantor.

El sol del medio del cielo
Brillantes rayos despide,
Que del Carrion reverberan
Entre las ondas humildes.
Engrosadas van ahora
Con las nieves que derrite
En las crestas de las sierras
Con que Castilla se ciñe;
Y entrambas riberas bordan
Con duros hielos que oprimen
Los restos que dejó mayo
De sus céspedes sutiles.
Altos y desnudos chopos
Las orillas le dividen
Que al agua las ramas tienden
Porque en el agua se miran,
Y ellas ufanas pasando
Por la sombra que reciben,
Con blanco mumullo lamen
Los troncos y las raíces.
Es un día puro y diáfano
Cuanto Diciembre permite,
Que en su mustia presidencia
El sol del invierno brille
Alegre cuanto alegrarse
Es permitido á los tristes,
Diáfano cuanto la niebla
A un sol sin fuerza se rinde.
Y es un pueblecillo oculto
Tras una peña, en que firme
Estriba un alto castillo
Que de protector le sirve.
Dos esquilonos agudos
En disonante repique
El toque de medio día
A aire en calma despiden:

Y en medio están de la plaza
Cuantos hidalgos la viven,
Los sombreros en la mano
Inclinadas las cervices.
Las mugeres, apartadas
Sus labores mugeriles,
Esperan devotamente
Que los hombres se santigüen.
Los muchachos impacientes
A hurtadillas se sonrien,
Por mas que les amonestan
Los viejos que les imiten.
En un balcón de una casa
Que mas alto nombre pide,
Por los roídos escudos
Con que sus paredes viste,
Por los vidrios que al son dejan
Que su interior ilumine,
Y los calados de un arco
Que mal al tiempo resiste,
Hay dos personas que, vueltas
De espaldas al sol, impiden
Que se alcance desde abajo
Si recen ó se platiquen.
Una es (con soles por ojos
Y por labios alelies)
La mas hermosa villana
Que con hidalgas compite;
Rosa nacida en el campo
Entre zarzales y mimbres,
Pero á quien ceden vencidas
Las rosas de los jardines.
Ufanos la engalanaron
A porfia los abriles,
Con cuantos juntaron gracias
Uno tras otro hasta quince.
Diéronla negros cabellos,
Cúrtis que afronta á los cisnes,
Dentadura igual y enana,
Cuello torneado y flexible.
Orlan sus párpados blancos
Largas pestañas sutiles
Coronadas por dos cejas,
Arcos que enojan al iris.
Cintura escasa, alto pecho,
Pié breve, resuelto y libre,
Y dos manos que semejan
Ramilletes de jazmines.
Bellísima es la tal Rosa,
Por mas que el pueblo critique
El orgullo con que ostenta
Sus encantos juveniles.
Las mozas, que se recata
De sus amistades dicen:
Que es la inconstancia excesiva
Con que desprecia á quien rinde.
Las viudas, que es demasiada
La libertad con que vive,
Y muchos los forasteros
Cuyas visitas admite;
Y las viejas, de su madre
Murmuran que las recibe
Con audacia escandalosa

Y confianza reprehensible.
Mas Rosa y Brigida en ellas
Con tan poca cuita siguen,
Que si estos murmullos oyen
Se deleitan en oírles.
Por eso tan cortesano
Baja don Bustos Ramirez
Diariamente á su casa
Del castillo en que reside
Baron altanero y mozo
Afortunado en las lides,
Cuyas riquezas esceden
A lo ilustre de sus timbres.
Dejó há poco de la corte
La perezosa molicie,
Las damas voluptuosas
Y los ruidosos festines,
Por la calma de sus tierras,
Donde su presencia exigen
Los negros ojos de Rosa
Que diz que en los suyos vive.
Es cierto que se susurra
Que un mancebo que la escribe,
Palabra de casamiento
Tiene de ella, y que es difícil
Que la renuncie si vuelve,
Lo que es tal vez muy posible.
Mas don Bustos es mancebo
De nobilísima estirpe;
Baron que manda vasallos,
A quien escuderos sirven,
A quien pages acompañan,
Y á quien mucho el rey distingue.
Es señor de horca y cuchillo,
Rey en aquellos confines,
Y á quien plebeyos é hidalgos
Pecho y homenaje rinden.
Y no es otro el que con Rosa
Sobre el balconcillo sigue,
Dando á la plaza la espalda
Mientras que dura el repique.
Al fin santiguado el monge
Que el templo del lugar sirve,
Cada cual tornó á su espera,
Y á sus requiebros Ramirez.
Apoyado sobre el codo
Deja que el cuerpo se incline,
Guardando tras una mano
Una mejilla invisible;
Y á favor de esta postura
Al pueblo curioso impide
Que le aceche las palabras
Que á la muchacha dirige.
En la espresion inefable
Con que Rosa le sonrie,
Bien se ve que en vez de enojos
Satisfacciones recibe.
Ni menos de sus palabras
El castellano se aflige,
Pues cuanto ella mas tolera
Mas él confiado insiste.
El platica: ella le escucha
Sin que altanera le esquivé,

Y él mas se le acerca osado
Cuanto ella oyéndole sigue.
Hubo un instante de aquellos
Que el amor llama felices,
Que con el alma se sienten
Y con el alma se miden,
En que los ojos de Rosa
Tomaron indefinible
Una espresion que imitaba
El gozo en los serafines.
Brotándole de ambos ojos
Sobre los puros matices
De ambas mejillas, dos lágrimas
Ardientes, irresistibles,
Y apenas aparecieron,
Cuando rápido Ramirez,
Secando una con sus labios,
Así imprudente la dice:
"Mañana serás mi esposa.
—Señor!

—Mañana.

—¿Es posible?

—Aquí mi palabra empeño
Mañana es fuerza que brille
Mi castillo con tus ojos,
Con tu hermosura mi estirpe."
Bajó, esto dicho, á la plaza
El impetuoso Ramirez,
Y al monge y al pueblo atento
Estas palabras dirige:
"Esta noche pueblo y valle
Con hogueras se ilumine:
Que redoblen los panderos
Y las campanas repiquen;
Que se remedien los pobres,
Que se consuelen los tristes,
Y todos á mis festejos
Desde ahora se conviden.
Mis aparadores cerquen,
Mis anchas subas despiten,
Mis tesoros se repartan
Y se embriaguén con mis brindis.
Vasallos, de hoy por tres años
Quedais de tributos libres,
Y de este modo mis bodas
Se dispongan y dupliquen."

Rompió en aplausos la gente
Que su largueza bendice,
Y los vivas se redoblan
Y las gracias se repiten.
"Dádselas á la hermosura,"
Dijo don Bustos Ramirez,
Señalando á las ventanas
De donde ella le despide;
Y aplicando las espuelas
Al negro potro que rige,
Hace que en rápido escape
Al parque le precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe
Agradecida y humilde,
Y Rosa aun en sus ventanas
Muy mal su orgullo reprime.

Algunas horas despues,
Ya bien entrada la tarde,
La tierra entregada en brazos
De las nieblas impalpables,
De una lámpara de cobre
A los rayos desiguales,
Lee Rosa unos pergaminos
Que acaba de darle un paje.
Pasaban sus negros ojos
De orgullo y placer radiantes,
De un renglon á otro renglon
Sin apenas descifrarles.
Los labios la sonreian,
Y trémulos dilatándose,
Por lo bajo murmuraban
Sonidos de cada frase.
Una caja de olorosa
Madera tiene delante,
Y de un cordoncito de oro
Pende en su diestra una llave.
Dobló alegre el pergamino,
Y agradeciendo el mensaje,
Despidió al buen mensajero
Y á voces llamó á su madre
Subió la vieja asustada,
Recelosa de algun lance
Que en parientes ó en amigos
La fatal carta anunciase
Mas apenas en el cuarto
Puso los piés vacilantes,
Rosa, cerrando la puerta,
Dijola palabras tales:
"Entrad. Nuestra es la fortuna;
De contento no me cabe
En el pecho el corazon,
Ni atino cómo explicarme."
Brígida exclamó angustiada;
"Por Dios, muchacha, que acabes,
Que tengo el alma en un hilo.
—Esta llavecita la abre.
—¿Pero qué se abre?

—Esa caja.

—Válgame el cielo! ¡diamantes!

—Sí por cierto.

—¿Y quién? . . .

—Es mía.

—¿Quién te la ha dado?

—Ese paje.

—¿De don Bustos?

—De don Bustos.

—Y tomarla es . . .

—Indudable.

Es el regalo de bodas

Que el de Ramirez me hace.

—¿De bodas!

—¿Pues si me caso!

—¿Muchacha! Vas á matarme

Con tanto rodeo. Acaba.

—Por Dios que sois torpe, madre.

Si la caja es de don Bustos,

¿Con quién quereis que me case

Sino con él?

—¿Con tan alto